

BARRERA Y SU YO SOCIAL

En Otavalo, febrero cruza breve y frío. El sol receloso alterna su calor y luz con la lluvia por las tardes. Este cuadro sombrío se cambió a uno de ambiente agradable y entusiasta dentro del hogar de don Stanislao Barrera y doña Tomasa Quiróz, allá por el año 1884, el 4 de Febrero; nacía Isaac J. Barrera. El niño se traza desde aquel instante un camino de romería hacia las letras, para iluminar con ellas su casa y al Ecuador, país de larga historia cultural.

Desde muy temprana edad fue atendido por las cimas de las montañas, en sus correrías por el Occidente de nuestra Provincia. Presagio feliz de inclinarse por los libros y su lectura, en busca de urbanidad para ponerla en práctica y sobre todo un norte para sí mismo. Entre días de trabajo obligado ayudando a sus padres, infancia y juventud las pasó satisfaciendo su curiosidad por el significado de las palabras, ampliando su espíritu e inteligencia. Su empresa comenzó por el estudio de las puntuaciones de la gramática, lo que le serviría para demostrar a través de toda su vida su elocuencia viva ya sea en medio de acontecimientos familiares o en actos señalados del modesto calendario social de aquella época. Cierta madrugada, su brújula interior le orientó y llevó a la ciudad de Quito, llevando consigo un ejemplar del Quijote, amuleto de buena suerte en su lanzamiento por los llanos de la sabiduría.

De espíritu abierto y receptivo. éste se manifestó en toda su realidad, imponiéndose ante espíritus también adelantados de otras gentes de la capital, en cuya sociedad y círculos afines inscribió con fuerza su intelecto a igual que en el recinto solemne de casas de cultura y de investigación histórica.

Isaac de Jesús Barrera, despierto como era para forjar su inteligencia a base del método severo para consigo mismo, ocupaba sus horas serenas en el estudio conciente, la meditación y las conclusiones. Su-

po moldear su carácter en medio del trato amable con sus amigos y conocidos, cuyas mentes sorprendidas expresaban con palabras sinceras la admiración por la imagen singular del futuro hombre de letras, enamorado de las revelaciones de la historia. Así se ganó la grata y fecunda amistad de personajes ya célebres en el medio cultural como eran don Gonzalo Zaldumbide y el arzobispo historiador, Federico González Suárez, en oportunos momentos de ameno diálogo.

Sus facultades personales de comprensión de los hechos, su interpretación, así como su generosidad para el desarrollo de la cultura, hicieron que motive inmediata relación de afecto con preclaros maestros de la pluma fuera de los linderos de la Patria; Rodó, Alfonso Reyes, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Amado Nervo y otros, formaban ya una escuadra querida en su corazón libre para disfrutar y alimentarse con la amistad y la enseñanza. Recibe también el estímulo decisivo de los pioneros de la prensa ecuatoriana, don César y Carlos Mantilla Jácome, quienes bautizaron su columna diaria calificándola como fuente de conocimientos para el lector común, el iniciado en la prensa escrita o del curioso del pasado de la Patria.

Barrera se convertía en varón de respeto y figura aclamada. De carácter suave y maneras afables, se integraban estas virtudes en un ejemplo de personalidad, acompañado permanentemente por su esposa de buenísimos atributos espirituales, como era doña Carmen Barrera “su profesora de francés y secretaria obligada”. Su vida intelectual ascendía vertiginosamente siendo reconocida, junto al “recuerdo enternecido de su padre”.

Doña Carmen con su ternura, su ayuda en el taller de investigaciones, complementaba la vida y el paso grato de los años. De ese amor sublime se hicieron realidad otros seres que justificarían a su tiempo el acierto popular “de tal palo tal astilla”. Sus hijos, Jaime, Inés, y Eulalia, se formaron solidarios con la causa digna del progenitor insigne. La vida de mi padre —decía una de sus hijas— es de esas vidas ejemplares que deben contarse a las generaciones del mañana. Acertada la idea y justo el propósito, como también nuestro empeño.

BARRERA Y SU YO POLITICO

A su nombre se agregaría el de patriota junto a muchos títulos que distinguieron su carácter. Las generaciones futuras le reconocerán

multifásico y brillante como una de las más legítimas glorias del siglo XX ecuatoriano, porque su patriotismo nos queda como una de las lecciones inolvidables que Barrera ha dejado con su pluma. En sus obras cobra relieve clarísimo el sentimiento patriótico. Expresado en numerosas investigaciones sobre temas ecuatorianos, recomienda una y otra vez porque se hagan reales para el bien y progreso del país. De esta manera, muy tempranamente supo encontrar el mapa del tesoro cultural y divulgarlo en la sociedad en la que vivía. A igual que el personaje central de Alejandro Dumas, Barrera, por su integridad y honradez personales, conoció el encierro carcelario, que más que reclusión del espíritu, le sirvió para desplegarse audazmente en un vuelo por escenarios más vastos y prometedores. Los buenos hombres sufren por mantenerse en su verdad y porque no pueden traicionarla ante la imposición ciega y descomedida de sus contrarios.

Lector y autor intenso de la figura gloriosa de Montalvo, se proyectó en sus escritos hacia las causas nobles y orientadoras de la Patria. Con su pluma patriótica trazó las biografías de nuestros próceres de la Independencia, entregando a Bolívar y a Calderón el justo derecho de ser las directrices de la libertad para aquellos próceres. Su espíritu leal en la conducción de la verdad y la previsión y denuncia del falso patriotismo, le sirvió como instrumento para agigantar su posición de Diputado y Senador en el Congreso Nacional. Su mirada apuntaba hacia un sentido americanista, sin que falte su palabra ante la sensibilidad del extranjero o del hombre hispano-americano que admiraron y aplaudieron a este gran hombre de letras ecuatorianas, constituido así en portavoz de la belleza natural y las auténticas glorias de la historia Patria.

Llevado por la pasión investigadora, manifestó su gran preocupación por la escasez de datos sobre el Reino de Quito en versión de los primeros cronistas españoles. Motivo de inquietud científica fue sus declaratorias sobre las ingenuas condiciones en que nos incorporaron a la Gran Colombia en el año 1830. Escribió además sobre el trágico 2 de Agosto de 1810, cuando a la Patria se le privó de sus hijos predilectos que habría podido determinar en ventajosas circunstancias aquella incorporación. "América es la esperanza del mundo viejo —dijo Barrera— para ello debe prepararse el Ecuador".

Recordando su nombre con respeto, lanzamos hacia el futuro su transcendental mensaje de patriotismo.